

## CARTA PERDIDA

COMO era una carta sin dirección, su destino fué titubeante. Le faltaba un extremo: la persona destinataria. Apareció sobre el portal de mármol blanco de un buen edificio. La portera la abrió, pero volvió a ponerla dentro del sobre, cuidadosamente, al no encontrar ni siquiera un chisme que comentar. Estaba hecha de la misma madera que Tito Livio. Un sobrino de la portera que estudiaba en la Universidad se la llevó en la página 27 de una historia del Derecho.

Pasó la carta por distintas manos. Unas veces era leída, otras ni recibía la mirada más vertiginosa. Carecer de destino era su enorme silencio. Estaba escrita en un día del tiempo que habitamos, por alguien que miraba el cielo de la alta tarde, cuando el sol se apresura a cubrir los últimos metros de cielo. Nadie le concedió un legítimo derecho de carta en su sitio: ser rota en pedazos. Seguía día tras día su azar, su estrella.

Yo copié la carta y volví a dejarla en el banco de un jardín silencioso. Me la había tropezado en el asiento de un autobús, y creí que necesitaba un poco de paz. No creo que sea importante. La escribió alguien que se jugaba a una carta la ocupación, hallarse poseído, ese dominio. Creo que no es posible enhebrar la erudición en estos párrafos donde alguien trató de ocultar y destacar su corazón, como los blancos de esas casetas de feria, donde la escopeta busca el acierto. Esta es la carta:

*Mi querida preocupación:*

*Si me hubiese dejado llevar de mi natural impulso esta carta haría —¡no sé!— el número «n». Tanta falta me haces que sigo pensando en*



mi personal pesadilla. ¿Existes realmente o tan sólo eres un producto onírico de mi atormentada soledad?

De antemano sé que a nada conduce, ni nada resuelve, escribirte. Las palabras no abren su entraña dolorosa a tu sentimiento. Yo quisiera poder transmitir al papel algo tan grande como lo que siento para producir en tí ese temblor que me conmueve de polo a polo en toda mi geografía. ¡Inútil! Se rompen los vocablos en burbujas y en su pequeña explosión hay una cruel carcajada que me hace daño. Así estoy: solo y en cruz sobre el recuerdo. No escapa de mi corazón ni tu natural perfume, ni la encendida esperanza de que alguna vez, de verdad, tus estrellas brillen sobre mi cielo.

Pese a las apariencias, todo sigue igual. Tu retrato, en su sitio; tu nombre, en mis labios, y las oraciones suben desde el corazón. Y a la otra orilla, la indiferencia con tu personal bandera plegada.

De siempre tenía afilados propósitos de obtener el mejor partido al daño que ibas a causarme. Si, querida muchacha, sospechaba, para mi existencia, muy dolorosos momentos. Algo enfermizo ha hecho nido en los pliegues de mi alma que tú has removido. Por ello, no te rotulo culpable; mas así ha sido. Pese a mis adelantados propósitos, me he visto destruido, sin conseguir el menor fruto. ¿Qué esperar de mi torpeza...?

En otro aspectos, has levantado tan alta ilusión, que esto es lo que duele. Al quedarme de nuevo solo, todas las melancolías ya estaban dañadas y han intensificado su amargura. Mi afán de utilizar todo en beneficio de "alguien" sigue en pie, y es, tan solo, lo que puede proporcionarme un pequeño consuelo. Mi incorporación a lo espiritual es gracia divina, y no quisiera desaprovechar también esta ocasión.

Actuando sin programa, llevo al descubierto mi entera sensibilidad. Quiero aceptar, como bueno, lo que sobre ella se deposite. Y no hay "provisionalidad"; soy consecuente y muerdo la realidad, pero mirando a las estrellas. Quizá, así, el dolor parezca más suave.

\* \* \*

Han pasado días, desde el final de la primer cuartilla. Ahora, en estos momentos, un fluir melancólico me turba y, de tan molesto estado, sube y baja la preocupación, en un penduleo impertinente. Pudiera buscarte, y no quiero mendigar. El corazón me manda y resistiéndome a un nuevo salto en el vacío, la tarde se me ha llenado de agujones des-puntados.

Mientras tú vives, ausente a mi dolor, invento una y mil situaciones,



derramando ternuras desde tu vértice. Desconocedor de tanta alegría, el corazón salta en el pecho como pájaro loco. Así, una y otra vez, todos los días.

(No es precisamente un humor rubio el que se resuelve. Limitado a mi propia melancolía, el negro pasa de sus reflejos brillantes a una opacidad molesta. Todo se hace negro, y en su centro se retuercen tus amadas iniciales que se encienden a cada latido. Iniciales y latidos nimbados de negro. Confusión en contrapunto con clave conocida en su arranque; mas al final, todo queda roto y pequeños montones de ceniza se van agrupando en el gran cenicero de mi tiempo).

He tenido, entre mis manos, tus cartas. Aquellas recibidas cuando yo era un ejemplar nuevo en tu coleccionismo. No las he querido leer. ¡Han pasado tantas cosas desde que nos citamos en Marte! Está visto, tengo que alimentarme de mis soledades y en ellas siempre estás tú. Incluso en mi habitación quedan restos de tu persona. O más bien, en donde estás es dentro de mí. Y así no hay salida posible. El cuño de mis horas —llevado imaginativamente— espera la gran noticia. Pero no, sobre tu pecho no está todavía el clavel de la llamada. No florece nada que anime mis preocupaciones.

Sé que hago mal —para mí se entiende— enviándote estas líneas. Desde tu posición "europea" tan sólo una liviana diversión puedo proporcionarte. Y no pido nada; ni comprensión, ni medida. Tan sólo esta carta —redonda en su divagación— es mi propia culpa. Y no te hago responsable de mis disparates. Aguanto, o intento, al menos, soportarme. El papel, en el reparto de mis relaciones, ha de improvisarse. Ha sido una escapatoria de mi mano, afilada la pluma, sobre el papel. Acéptala así.

Aumentar la alineación de palabras, colocar voces escritas en la blanca pista del papel, y caminar al trote de mi pluma, parece ser todo lo que me queda. Tenía pensado no escribirte, y, ya ves en que ha quedado. Al argumento justificativo le han fallado las alas. Se arrastra sin solución y, carente de vuelo, se reduce a elemental caricatura. ¿Qué hacer? (Las curvas interrogantes inician un ballet).

Mi carta se vá. Yo quedo como siempre y al firmar no hay adiós, sino "hasta siempre".

\* \* \*

Cuando Paul Valéry escribió lo de "un hombre solo siempre está mal acompañado" abrió una definición donde esconderse. Verdad es que



ando mal y solo, o mejor, con mi preocupación. Aquí está el secreto del hombre solo porque se desdobra. Al quedar frente a frente las dos partes parecen odiarse. Los reproches rebotan como una pelota y, en tan ingrato frontón, sólo se lastima aquél que más interés tenga en sincerarse. ¿Quién es quien? La oreja de la duda pasea y pasea. Mala oreja para peor conversación. ¿De qué hablan? Fácil adivinarlo y tú, querida preocupación, apareces tensa como un cielo italiano. Con todo, como el corazón está lleno de renunciadas, hay una tranquilidad. Ya no mojo mi rostro con saladas lágrimas. Si es posible una clasificación, unas fases en mi querer ahora sería la de "Contemplación del personal estado lejos de tus estrellas". Sé que es triste; llenar mis ilusiones de guijarros del camino en donde tan sólo hay vestigios de tus pisadas, contar las hojas de mis repetidos pensamientos y aguardar —quien sabe si hasta el final sin meta— esa flor maravillosa, no es postura fácilmente comprensible. Ahora, cuando los crepúsculos están más cargados de tintas y la vida invita a vivir intensamente se oye una canción que, o enerva y lastima, o pone semilla generosa para nuevos atardeceres.

(Todo es confuso. La palabra exacta cuando arde la Osa Mayor parece tan hueca que su significado vuela. No es posible la sustitución. El blanco de su ausencia no se llena. Hay, si en demasía, un enjambre alrededor y también la incapacidad de inventar. La boca ensaya la forma de tus labios pero no encuentra otra palabra. Quizá "labios" tenga valor definitivo).

Los días, como piedras llenas de aristas, bajan por la pendiente de la contrariedad. Ya dije una vez que cada mañana te pienso y te rehago. Dominada a mi medida, no eres corza fugitiva. En el ámbito platónico adquieres tu dimensión. Si dejara de pensarte caerías como una fruta seca. Mi afán hortelano riega amorosamente esas raíces que están dentro de mí. A través del tiempo vas cambiando, porque soy yo el que lo hace. Y la distancia agranda la pura ilusión. Sucederá —esta vez casi no: tú no quieres— que si sustituyera lo imaginado por lo real tendrías que arropar tu intimidad de colores que tú misma desconoces.

\* \* \*

Pienso ahora en qué manos estarán esos puñados de párrafos silenciosos. Donde estén, yo no quiero que esto sea una fe notarial; ni mucho menos. Basta con que sea esa pequeña sombra que tiembla en el suelo cuando una hoja se desploma lentamente desde las altas ramas del otoño.

